

reflexiones

Euskadi y Europa

Recientemente participé en Bilbao en un seminario sobre el nuevo Tratado de la Unión Europea organizado por la Fundación Sabino Arana. No deja de maravillarme el cambio que ha dado, en positivo, la ciudad en las últimas dos décadas. Con el Guggenheim como estandarte y envidia de muchas otras ciudades europeas, resultado de un proceso de reflexión y planificación estratégica de mucho calado que aún sigue dando frutos.

Debatimos sobre el nuevo Tratado de la Unión Europea aprobado en Lisboa y sobre el momento en el que se encuentra Europa. "Europa en la encrucijada", rezaba la convocatoria.

Siempre es buen momento para pensar y hablar sobre Europa. Lo que somos, lo que queremos ser e incluso dilucidar quienes pueden o quieren llegar a ser estado y quienes nación.

PASQUAL MARAGALL

Alcalde de Barcelona en 1982, 1987, 1991 y 1995.
Presidente del Consejo de Municipios y Regiones de Europa y
president de la Generalitat.

Mucho se ha hablado ya de la Unión Europea a raíz del proyecto de Tratado Constitucional Europeo, su posterior fracaso y la subsiguiente elaboración y reciente aprobación del acuerdo sobre el texto del Tratado de Reforma que, si no se producen sorpresas, se firmará el próximo 13 de diciembre en Lisboa.

Con el Tratado de Lisboa se da por superada la crisis institucional que arrastraba la Unión Europea desde 2005, cuando Francia y los Países Bajos rechazaron, en sendos referéndums, el proyecto de Constitución Europea. Pero los efectos y virtudes de cualquier Tratado sólo se dejan sentir al cabo de unos años y se antojaría precipitado aventurar cuál va a ser el alcance real del nuevo texto y su impacto en la consolidación del proyecto europeo.

Sin embargo quisiera hacer dos consideraciones: una hace alusión a la complejidad del texto, denso en su vocabulario y demasiado extenso en su articulado.

El texto presenta un formato que poco tiene que ver con la claridad prometida en Laeken. Desde esta perspectiva, me siento un poco decepcionado: he repetido ya en numerosas ocasiones que, a mi parecer, resulta constructivo que en Estados Unidos los ciudadanos puedan llegar a aprender y recitar el preámbulo de su constitución. En Europa esto resulta imposible, el texto es denso e ilegible. Quizás los ciudadanos podríamos -sino recitar sí cantar o tatarrear- la Novena Sinfonía de Beethoven, que es el himno de la Unión Europea.

La otra consideración que quisiera hacer se refiere a la ausencia de reconocimiento a las naciones. Es cierto que el Tratado de Lisboa refuerza la dimensión regional de la UE, reconoce explícitamente la diversidad cultural y lingüística en Europa y avanza hacia la extensión del principio de

subsidiariedad al nivel regional y local. Lo hace, sin embargo, no de forma inapelable, sino de forma insuficiente, ya que no reconoce que el estado y la nación no son lo mismo.

Yo creo en la diversidad de Europa y en su capacidad de reconocerse a sí misma como un conjunto de estados en los que conviven un número mayor de naciones. veintisiete estados y quizás cerca de cuarenta naciones. Euskadi, Catalunya y Galicia en España por ejemplo. También Flandes y Valonia en Bélgica, Baviera en la RFA, y Escocia y Gales en Gran Bretaña son naciones de Europa que forman parte de estados plurinacionales. En este sentido, Europa es más una solución que un problema y puede ser el lugar donde cada uno encuentre respuesta a sus aspiraciones.

Hará algo más de un mes, Timothy Garton Ash publicó en *El País* y en *The Guardian* un artículo titulado “La Europa de Babel” en el que afirmaba que uno de los grandes problemas para la democracia en la Unión Europea es que hablamos y pensamos en muchas lenguas diferentes. Si bien es cierto que citaba a Suráfrica y a India como ejemplos de países en los que la diversidad de lenguas no ha impedido el establecimiento de sistemas de gobierno democráticos y la consolidación de un sentimiento de pertenencia nacional, se mostraba mucho más crítico –por no decir irredentamente pesimista– en cuanto a la Unión Europea.

Debo admitir que, más allá del convencimiento militante acerca de la riqueza que aporta la diversidad lingüística, a mí siempre me ha gustado contraponer que en Europa haya veintitres lenguas oficiales a la unicidad del inglés en los Estados Unidos. Y lo hago, precisamente, para argumentar que –aún siendo un coste– ésta es una de las mayores riquezas, y también fortalezas, de la Unión Europea.

Es una Europa diversa y compleja pero potente, una Europa difícil de gestionar pero mucho más capaz de entender la globalidad y la diversidad que otros grandes países. Porque Europa se parece más al mundo.

Se habla en ocasiones –creo que con razón– de la necesidad de que Europa defina el papel que quiere jugar en las grandes cuestiones que afectan

Yo creo en la diversidad de Europa y en su capacidad de reconocerse a sí misma como un conjunto de estados en los que conviven un número mayor de naciones

a su futuro, más allá incluso de las propias fronteras: globalización económica, cambio climático, lucha contra la desigualdad, seguridad energética, derechos humanos o justicia internacional.

Respecto a este último punto, por ejemplo, debemos admitir que es una vergüenza que Radovan Karadzic y Ratko Mladic –los dos responsables del martirio de Sarajevo y Srebrenica– sigan libres. La justicia internacional les persigue, sin éxito, desde hace 12 años por una de las mayores barbaridades cometidas en el continente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Europa debería acabar esta vergüenza que todavía como europeos nos sonroja.

Estuve con Tarik Kupusovic, alcalde de Sarajevo, en el juicio que el Tribunal Penal Internacional hizo a Dusan Tadic, responsable de crímenes probablemente inferiores. Fue el mundo, no Europa, quien lo juzgó. Ya va siendo hora de que Europa se ocupe de sí misma.

Volviendo al tema que nos ocupa, a lo largo del proceso de elaboración del Tratado de Lisboa la mayoría de quienes nos proclamamos europeístas hemos profesado un optimismo militante, aun cuando las dificultades se sucedían. Casi por responsabilidad.

Ahora, con el Tratado sobre la mesa, desde este mismo europeísmo y esta misma responsabilidad, tenemos la obligación de no dejarnos cegar por el optimismo, de ser realistas y mostrar ambición.

Conscientes de los avances, satisfechos de haber salido de la parálisis institucional y de ver cómo la UE recupera el ritmo de actividad y agilidad en el desarrollo de sus políticas (*és hora d'anar per feina!* que decimos en Catalunya), pero sin resignarnos a dejar las cosas ahí.

Es hora de recuperar la ilusión por el proyecto de nuestra Europa, como diría Jacques Delors, y dejar de hablar ya tan sólo de procedimientos y de cuestiones funcionales: retomemos también las fundacionales. Ver más allá de las instituciones. Pensar con ambición.